

guno de todos estos pomposos títulos se manifestó en ella mientras vivió en la tierra: Su nacimiento estuvo siempre oscurecido con su pobreza; la excelencia de su gracia siempre estuvo oculta bajo una vida simple y común: la elevación de su dignidad, y el augusto título de Madre de Dios, estuvo como desmentido por la semejanza con los demás hombres que había tomado su hijo: la Judea la miró simplemente como á la Madre de Jesus Nazareno: en nada se distinguía de las otras Madres de Judá: deja á los hombres en la ignorancia de los grandes prodigios que en ella había obrado el Señor: no cuida de desengañarlos y de descubrir las maravillas de Dios: sufre la privación de su mayor excelencia, y de la mayor gloria que puede comunicarse á una pura criatura: lleva con alegría esta privación: no se la oye una palabra, ni se vé una señal que pueda descubrir el secreto de su humildad; y contenta con vivir en esta privación, solamente desea que sea conocida la gloria de su Hijo, y que se establezca su reino en la tierra.

De este modo con continuas privaciones preparaba la Sabiduría Divina á esta Alma Celestial para la gloria á que hoy se vé elevada; todo su cuidado había sido el ocultarse á la vista de los hombres, y confundirse con las demás madres de Israel, y parece que el único cuidado de Dios es glorificarla en el día de su muerte, y distinguirla con un privilegio singular, que había de dar testimonio en todos los siglos de su augusta calidad de Madre de Dios; su cuerpo puro y sagrado, como el de su Hijo, no vé la corrupción; la virtud del Padre la saca de entre los muertos; los cielos se abren para recibirla triunfante y gloriosa como á Jesu-Christo; sale del sepulcro rodeada de luz para tomar posesión de su gloria á la diestra de su Hijo, con la misma carne que ella le había dado para abrir el cielo á los hombres; es colocada sobre todos los Principados y Potestades; es aquella

Ar-

Arca de Israel, dice el Santo Obispo de Ginebra, que después de haber estado algún tiempo en el desierto debajo de tiendas, esto es, en un estado obscuro y poco digno de ella, es por último introducida con pompa y magnificencia por el verdadero David en la Jerusalén Celestial.

A la verdad, parece que Jesu-Christo no hubiera resucitado todo entero, si una porción de su carne adorable hubiera quedado sujeta á la corrupción en la Santa Virgen Maria, y si no hubiera esta Señora participado del privilegio de su Resurrección gloriosa. ¿Cómo podía ser conveniente que quedase bajo el Imperio de la muerte la Madre de aquel que era la resurrección y la vida? ¿Sería justo que una carne, de la qual se había formado la víctima que venía á abrir el cielo á los hombres, no fuese introducida en él inmediatamente? ¿Que un cuerpo, preservado por una gracia singular de la mancha inevitable á los hijos de Adán, participase de su maldición, y fuese presa de los gusanos y podredumbre? ¿Que un cuerpo que había sido en la tierra el vivo Santuario del Verbo Encarnado, no fuese recibido al instante en el Santuario eterno? Para honrar, pues, esta muerte y esta resurrección milagrosa, y para satisfacer á la piedad de los fieles, há ya mucho tiempo que instituyó la Iglesia nuestra Madre la fiesta que hoy celebramos. Este es el premio que la magnificencia de Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de Maria. Sufriendo con alegría el que los hombres ignorasen, hasta su muerte, las grandezas que había obrado en ella la gracia, la hace brillar el Señor con un privilegio, que una tradición santa ha hecho venerable en toda la Iglesia, y que ha derivado hasta nosotros la piedad de nuestros Padres, como prenda inmortal de su zelo y respeto á Maria.

Pero nosotros, Católicos, estamos tan lejos de sufrir con alegría las privaciones que nos humillan, y que hacen que los hombres ignoren lo que somos, que todo nues-

Dd 2

tro

tro cuidado consiste en darnos á conocer ; toda nuestra vida es un estudio de vanidad con el que nos dejamos ver siempre por aquella parte por donde creemos distinguirnos y agradar ; aún quando tocados de Dios , y arrepen- tidos de nuestros desordenes nos dedicamos á una vida christiana , queremos que el mundo conserve la memoria de los desgraciados talentos y vanas prendas que hemos sacrificado al tiempo de romper con él: nos agrada el que en esta parte se aplauda continuamente nuestro sacrificio, y que nos honren con lo que nosotros mismos hemos juzgado digno de desprecio ; interiormente nos ensalzamos sobre los demás, como si hubieramos dado mas á Dios; como si quanto mas á proposito eramos para el mundo , y para los deleytes, no hubiera sido necesario que fuese mas fuerte y abundante la gracia que nos ha causado su disgusto ; como si las misericordias del Señor para con nosotros pudieran servir de títulos á nuestra ingratitud , y hacernos olvidar de nuestras miserias ; y asi lo que fue ocasion de nuestras caidas y desgracias viene á ser muchas veces, aún en el estado de piedad, motivo de nuestra vanidad deplorable ; lo que debiera hacernos mas despreciables á nuestra vista solo sirve las mas veces de inspirarnos desprecio de nuestros proximos. Por eso queremos participar á un mismo tiempo de la gloria del mundo , y de la de la virtud ; queremos que se alaben en nosotros las maravillas de la gracia, y los talentos de la vanidad ; y en vez de ocultar como Maria á la vista de los hombres lo que somos , queremos que aún se vea en nosotros lo que estamos pesarosos de haber sido.

Sí, Católicos, no hay cosa mas rara que querer con sinceridad que se olviden los hombres de lo que puede honrarnos en su memoria. Miramos este olvido como una injuria ; quisieramos que todo el mundo leyese en nuestra frente, por decirlo asi, nuestros talentos, nuestras virtudes, nuestra clase, nuestro nacimiento, y aún hasta en los santos retiros, en donde se arrojan al pie de

de los Altares los despojos del mundo y de toda su gloria, se vuelve muchas veces á recoger con una mano todo aquel vano esplendor que parecia haberse sacrificado con la otra. Aún se manifiesta, bajo la obscuridad del velo santo, el falso resplendor del mundo y del nacimiento ; aún hay quien vuelva á subirse sobre un barro despreciable, que antes habia pisado ; hay quien quiera hallar en el lugar de la humildad las distinciones que habia despreciado en el mundo ; y aún en el mismo Santuario del Esposo hay quien haga caso de otros títulos mas que del sublime de Esposa suya.

Pero si sucede rara vez el sufrir con fé este abatimiento de privacion, de que nos dá exemplo Maria, aún es mucho mas raro el sufrir con valor el abatimiento de dependencia en que vivió ; siempre sujeta en la tierra, y en todos los estados de su vida mortal, respetó siempre este camino de dependencia, como que era por donde la gracia queria guiarla ; yá viviendo enteramente subordinada á la voluntad de Joseph ; yá inseparable de las ordenes y de la suerte de su Hijo ; yá confiada al discipulo amado, y mirandole como á dueño de sus acciones, y arbitro de su conducta ; yá finalmente yendo en seguimiento de los discipulos despues de la muerte de Jesu-Christo, como una de las demás mugeres fieles, sin manifestar mezclarse en nada, sin atribuirse nada, no queriendo que dividiesen con ella los Apostoles el gobierno de la Iglesia que nacia ; sujetandose á sus leyes y á su autoridad ; no afectando preeminencia alguna en aquella santa congregacion, tratandose en ella todas las cosas sin hacer mencion de la Señora, sin que ella afectase autoridad alguna, y portandose como una simple Hija de la Iglesia, la que era su Protectora y Madre. Sí, Católicos, Maria adornada de todos los dones, y de todas las luces ; revestida de la eminente dignidad á que nunca pudo aspirar ninguna criatura ; el mas firme apoyo en la tierra, despues de la muerte de su Hijo,

de la Iglesia que nacia, deja todo el cuidado á los Apostoles, sin reservarse mas gloria que la de sujetarse la primera á sus decisiones. ¡Qué leccion para reprimir la soberbia é inquietud de los fieles, que sin participar de la eminencia de sus dones y de sus luces, no pueden imitar su sumision y dependencia!

Por lo que toca á nosotros, Católicos, no es la sumision á la Iglesia lo que nos cuesta trabajo; esta sumision no ofende ni nuestra soberbia, ni nuestras inclinaciones, ni nuestra ambicion, ni nuestra fortuna; lo que sí nos ofende es el depender de aquellos que juzgamos ser mucho menos que nosotros; el sufrir el peso de una autoridad, que juzgamos estar mal colocada; nos consolamos, aún en las mas inevitables dependencias de nuestro estado, con el interior desprecio que hacemos de aquellos de quienes dependemos; nos vengamos de su elevacion con nuestras murmuraciones; nuestra soberbia, forzada á obedecerlos, se consuela con despreciarlos; sus ordenes nos hacen ingeniosos para descubrir sus defectos; y rara vez sucede que nuestros Superiores y Gefes tengan sobre nuestro corazon la misma autoridad que sobre nuestra persona.

El segundo caracter de la gloria á que hoy es elevada Maria, opuesto el caracter de dependencia que tanto amó, es una gloria de autoridad y de imperio; hoy toma en el cielo, á la diestra de su Hijo, aquel poder que no quiso exercer en la tierra; vuelve á entrar en todos sus derechos: queda constituida para con Jesu-Christo medianera de los fieles, canal de las gracias, esperanza y consuelo de la Iglesia, asilo de los pecadores, protectora de los justos, recurso de los pueblos y de los Imperios, y Reyna del cielo y de la tierra. Sí, Católicos, el poder de Maria no tiene mas límites que los del amor de su Hijo á esta Señora. El, por decirlo así, divide con ella su autoridad, la hace distribuidora de sus gracias, quiere que nosotros nos dirijamos á ella, si que-

re-

remos alcanzar de él todas las cosas; y no hay cosa que mas diste del espíritu de la fé, que el creer que se honra el poder de Jesu-Christo, disminuyendo el de su Santa Madre. En ella le honramos á él; exaltamos sus dones quando exaltamos los dones inefables de su Santísima Madre; invocamos la eficacia de su poder quando invocamos el de su Santa Madre; esta Señora y nosotros somos lo que somos, solo por él; y nuestra confianza en Maria tiene su principio en las maravillas que Jesu-Christo se digna obrar por su intercesion.

No quiero decir, Católicos, que basta el ponerse bajo la proteccion de Maria, y tributarla algunos respetos para asegurarse la salvacion. La salud eterna solamente es premio de la observancia de la Ley de Dios. El que ama al mundo, el que se entrega á los deseos de la carne, el que no vence sus desordenadas pasiones, por mas que se declare siervo de Maria no la conoce; la Señora le mira como á enemigo de su Hijo; detesta la confianza que pone en ella, como injuriosa á la religion, y particularmente á la gloria de Jesu-Christo; ayuda con su intercesion á los pecadores que quieren salir de sus desordenes, pero tambien solicita ella misma el castigo para los que hacen de su intercesion seguridad y motivo para perseverar en ellos.

Y á la verdad, Católicos, ¿si el mismo Jesu-Christo no reconoce por su Madre y hermanos sino á los que hacen la voluntad de su Padre Celestial, reconocerá Maria por hijos suyos á los transgresores de esta voluntad santa, y á los enemigos de la doctrina, y de la Cruz de su Hijo? ¿Si Jesu-Christo, no obstante las aclamaciones populares de las mugeres de Judá, no quiere que consista la felicidad de Maria en la honra que tuvo de tenerle en su casto seno, sino en su fidelidad en oír las palabras de vida, y en observar las santas máximas, nos tendremos nosotros por felices solo por traer sobre nuestros cuerpos unas señales consagra-

das

das al culto de Maria, sin tener grabado en nuestro corazon el amor á Jesu-Christo y á su verdad? ¿No sería Maria en este caso protectora de las pasiones que condena su Hijo? Su poder trastornaría la obra del Evangelio, y abriría á los hombres otro camino de salvacion mas que el que el mismo Jesu-Christo les habia manifestado. ¡Qué ilusion, Católicos, el tomar motivo para vivir con seguridad en la culpa, del respeto que nos inspira la Iglesia para con Maria, y persuadirnos á que basta el fiarnos de su proteccion para alcanzar despues de una vida tan llena de delitos y pasiones, la gracia del arrepentimiento y del perdón en la muerte! ¿Es posible que siendo, como sería, vana nuestra confianza en Jesu-Christo, que es el autor de la vida y de la salvacion, si no viéramos como discipulos suyos, habia de ser mas poderosa nuestra confianza en Maria, aunque siguiéramos las sendas del mundo y de las pasiones? No todos los que dicen á Jesu-Christo, Señor, Señor, han de entrar por eso en el reyno de los cielos; y todos los que llamasen á Maria nuestra Reyna, nuestro Refugio, nuestra Esperanza, habian de ser admitidos á la Gloria que solamente ha prometido Jesu-Christo á los que observen su Santa Ley: No todos los que han publicado la gloria de Jesu-Christo en la tierra, que han profetizado en su nombre, que han anunciado la doctrina, y estendido su reyno, serán por eso contados entre los obreros fieles á quienes dará la corona de justicia, si no ha acompañado la santidad de sus costumbres á la de su ministerio, ¿y hemos de creer nosotros que todos los que han publicado la gloria de Maria, que se han manifestado zelosos de su culto, que han aumentado el esplendor y magnificencia, y acaso cargado sus Altares con dones y ofrendas, han de ser contados entre los siervos vigilantes á quienes está prometida la recompensa de los justos, si la inocencia

de

de su vida, y la pureza de su corazon no ha santificado la pompa de sus respetos? No, Católicos, la Iglesia siempre ha mirado á Maria como apoyo de nuestra flaqueza, y no como asilo de nuestras pasiones; como remedio de nuestras necesidades, y no como protectora de nuestros delitos; Maria no cuenta por suyos sino á los que son de Jesu-Christo; no mira en los respetos que se la tributan sino la pureza y fidelidad del corazon que se los ofrece; y no ama en sus siervos mas que la inocencia, la fé, la caridad, y todas las virtudes que á ella misma la hicieron grata á los ojos de Dios. Por eso su poder y autoridad en el cielo corona hoy el abatimiento de dependencia en que siempre vivió en la tierra.

Finalmente, el ultimo abatimiento de Maria, mientras duró su vida mortal, fue un abatimiento de desprecio y de confusion; sospechando de ella San Josef, sufrió con silencio toda la verguenza de una sospecha tan infame; adoraba interiormente las ordenes del Señor para con ella, y sin descubrir á Josef el inefable Mysterio que acababa de obrarse en su seno, dexaba á la sabiduría del Altísimo el cuidado de manifestar la inocencia de su sierva; unía esta humillacion á la que empezaba á padecer el Verbo Encarnando en sus purisimas entrañas; se sujetaba, como él, á llevar sobre sí, por algun tiempo, la semejanza del pecado, á sacrificar su inocencia á las ordenes incognitas y adorables de la Divina sabiduría, y aun á regocijarse anticipadamente de la utilidad que de su humillacion y oprobrio sabría Dios sacar para el cumplimiento de sus eternos fines.

Esta era la disposicion de Maria, y por eso se siguió á su muerte una gloria de veneracion y respeto. Ultimo carácter: Todos los pueblos, y todas las naciones han oído hablar de las maravillas que Dios obró en la Señora. En todas las partes en donde la gloria de

Tomo II.

Ee

Je

Jesu-Christo ha hallado adoradores, ha hallado tambien la suya honores y respetos; apenas desapareció de la tierra, quando los hombres Apostolicos la dirigieron sus votos; aquellos felices siglos de tanto honor para la fé, fueron los primeros depositarios del respeto de los fieles á Maria; era preciso que la Iglesia, aun recién nacida, tributase ya solemnes honras á esta Reyna del cielo, pues desde entonces se levantaron entre los fieles algunos hombres ignorantes y supersticiosos, que heridos con la eminencia de su gloria y de su dignidad, mudaron la piedad en supersticion é idolatría; la ofrecieron sacrificios, y la tributaron honores que solo son debidos al Sér eterno. De este modo á proporcion que se extendía la fé, se fue estableciendo el culto de Maria en la tierra: á proporcion que la Iglesia, favorecida de los Cesares, vió el esplendor y la magnificencia acompañar á la santidad de sus Mysterios, se hicieron tambien mas suntuosos y solemnes los respetos que se tributan á Maria. En vano se manifestaron entonces algunos espíritus inquietos y soberbios, que se atrevieron á disputarla la augusta qualidad de Madre de Dios; sus blasfemias no sirvieron mas que de avivar la piedad de los fieles; en todas partes se levantaron Altares y Templos magníficos, consagrados á la gloria de su Hijo baxo la protección de su nombre. La Religion de los pueblos opuso monumentos públicos, levantados en honor de Maria, á las secretas empresas de sus enemigos: Los Concilios se juntaron para conservar sus augustos derechos, y dexar á la posteridad en sus decisiones los venerables titulos de su respeto, y de el de sus Padres á Maria; y el error solo consiguió, como sucede siempre, establecer la verdad con mayor lustre.

Pero, ¿qué digo, Católicos! Las ciudades y los Imperios se pusieron baxo su poderosa protección; en todas partes se juntaron santas Hermandades baxo su nom-

nombre, y dedicadas á su culto; cesaron las plagas públicas por los votos y respetos que se la tributaban; nuestras ciudades, y nuestras Provincias, heridas por la mano de Dios, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba; y uno de nuestros Reyes, cuya memoria siempre nos será amable, porque fue Rey justo y clemente, para inmortalizar la memoria de un tan señalado beneficio, hizo un voto público á esta Reyna de los cielos, de todo su Reyno, al que acababa de conservar y libertar de la calamidad que parecia anunciar su desolacion y su ruina.

La misma Inglaterra, antes que el desgraciado scisma introduxese la turbacion y el error en este Reyno, se señaló en su piedad para con Maria; sus Reyes la miraron como á protectora de sus estados; sus mas Santos Obispos fueron los mas zelosos defensores de su culto; esto era un deposito sagrado que habian recibido de aquellos hombres Apostolicos, que baxo las ordenes del gran Pontifice San Gregorio fueron á establecer en aquella famosa Isla la fé de Jesu-Christo sobre las ruinas de la Idolatría. La ciencia con que muy en breve se distinguió aquella floriente Iglesia, lejos de resfriar su zelo para con Maria, le hizo mas fervoroso y mas solemne; su piedad se aumentó con sus luces; solamente la soberbia y las pasiones destruyeron lo que una fé humilde é ilustrada habia edificado en el principio; el Señor ha retirado su espíritu de aquella Iglesia infiel, y la ha entregado á un espíritu de mentira y rebellion; pero nunca son sus castigos sin misericordia; ha querido castigarla, pero no quiere abandonarla ni perderla; aun se ha reservado para sí en medio de ella un corto numero de fieles Israelitas, á quienes no ha inficionado el universal contagio, y que no han doblado la rodilla delante de Baal; esta santa semilla, que aun mantiene la bondad Divina en medio de aquellas ciudades rebeldes, dará fruto á su

tiempo, y estorvará el que experimenten la misma suerte que Sodomá y Gomorra; y también una gran Reyna, mas ilustre por las coronas que ha sacrificado á la constancia de su fé, que por el poder y grandes qualidades que se las pusieron sobre su cabeza, halla aqui todos los dias á los pies de Maria el mas suave consuelo de sus penas; ofrecela continuamente un Reyno á quien ha inficionado la heregía; unos vasallos engañados con el espíritu de rebelion, siempre inseparable del de la heregía; adelanta al pie de los Altarés los momentos de misericordia, y contribuye á la conversion de sus pueblos, y al restablecimiento de la dignidad Real, indignamente violada, con los fervorosos suspiros que no cesa de derramar en lo intimo del Santuario, mas que pudieran contribuir todas las Potencias de la tierra con la prudencia de sus consejos, y con la fuerza de sus armas.

Este, Católicos, es el cumulo de gloria á que elevaron á Maria unos abatimientos transitorios, y esta es casi siempre la suerte de los justos que han experimentado rebeses y abatimientos en la tierra; cada siglo nos ofrece exemplos de esta verdad; y aun hoy un Rey destronado, (*) expuesto toda su vida á la censura de los locos, que habia visto ser motejada su fé de flaqueza, su zelo de imprudencia, y que á él solo se le imputaban sus desgracias, vuelve á adquirir despues de su muerte el derecho que tenia en la estimacion y veneracion pública, y se grangea unos respetos mil veces mas brillantes que los que habian rodeado su Trono.

El usurpador que se ha ensalzado por caminos injustos, que ha despojado al inocente, y arrojado al heredero legitimo para ocupar su lugar, y vestirse con

(*) *Jacobo II. Rey de Inglaterra.*

sus despojos; Ah! Su gloria será sepultada con él en el sepulcro; su muerte descubrirá la verguenza de su vida; entonces, quitado el freno que sus felicidades y poder oponian á los públicos discursos, se vengarán en su memoria de las falsas alabanzas que por fuerza tributaban á su persona; entonces, no subsistiendo ya los grandes motivos de temor y de esperanza, se quitará el velo que cubria las mas vergonzosas circunstancias de su vida, y se descubrirá el secreto motivo de sus gloriosas empresas, tan exaltadas por la adulacion, y se manifestará su indignidad y su baxeza; se verán de cerca aquellas heroicas virtudes, que sólo se conocian por la buena fé de los elogios públicos, y se hallarán pisados los mas sagrados derechos de la naturaleza y de la sociedad; entonces será despojado de aquella gloria bárbara é injusta que habia gozado; se publicará la infamia y mala fé de sus empresas, que antes se habia tenido oculta; y lejos de compararle con los heroes, le llamarán hijo desnaturalizado, uno de aquellos hombres, de quienes habla San Pablo, sin culto, sin afecto, y sin principio; su falsa gloria no habrá durado mas que un instante, y su opróbrio sólo se acabará con los siglos; la ultima posteridad solamente le conocerá por sus delitos, por la piedad filial pisada en presencia de los Reyes y de las Naciones que tuvieron la cobardia de aplaudir su usurpacion; y finalmente, por el atentado que le hizo destronar á un Padre, y á un Rey justo, por ocupar su lugar; las historias, fieles depositos de la verdad, conservarán hasta el fin su nombre con verguenza; y el puesto á que ha sido elevado á costa de las leyes del honor y la probidad, dandole lugar en la scena del Universo, no servirá mas que de inmortalizar su ambicion y su ignominia en la tierra.

¿Qué otra instruccion podria daros, Católicos, al acabar este elogio de la muerte y exaltacion de Maria, si-

sino el contraponerla á la muerte del pecador? Sí, Católicos, la muerte acaba toda la gloria del hombre que ha olvidado á Dios en el tiempo de su vida; la muerte le priva de todo; le despoja de todo; le aniquila en todo quanto tenía de grande á la vista de los hombres; le dexa solo, sin fuerzas, sin arrimo, sin remedio entre las manos de un Dios terrible; aquel número de amigos, de aduladores, de esclavos, de vasallos, entre los quales se creía inmortal, nada puede hacer por él semejantes á los que desde lejos ven perecer á un hombre entre las olas, que solo pueden socorrer su desgracia con sus lágrimas, ó con hacer inútiles súplicas por su libertad. De este modo, luchando él solo con la muerte, alarga inutilmente las manos á todas las criaturas que se le huyen; lo pasado le parece un instante fugitivo que no ha hecho mas que relucir y desaparecer; lo futuro es un abismo inmenso, en donde no ve ni fin ni salida, y en el que va á perderse y sepultarse para siempre sin saber su destino; el mundo, á quien creía eterno, no es mas que una fantasma que se disipa; la eternidad, á quien tenía por chimera, es un terrible objeto que tiene ya á la vista, y que toca con sus manos; quanto juzgó ser verdadero y sólido se desaparece; quanto le habia parecido frivolo y chimerico, se manifiesta como real y verdadero; y su desgracia le da nuevas luces, pero no nuevas inclinaciones, ni nuevo corazón; muere desengañado sin morir convertido; muere desesperado, y no penitente.

Pero el alma justa, ¡ah! entonces ve la eternidad con los mismos ojos que la habia mirado siempre; nada se muda, nada se acaba para ella en este ultimo instante, sino sus abatimientos y trabajos. De este modo, libre de todas las conexiones del mundo y de la vanidad, llena de buenas obras, defendida con la fé de

de las promesas, dispuesta ya para el cielo, cierra los ojos sin pena á todos los vanos objetos que nunca habia mirado sin molestia: Vuela al Seno de Dios de donde habia salido, y en el que siempre habitó con sus deseos, y entra con paz y confianza en la bienaventurada Eternidad. *Amen.*

PARA LA FIESTA

DE LA VISITACION



Poco despues parte Maria con prontitud, y va á las montañas de Judá, á una Ciudad de la Tribu de Judá: Luc. x. v. 39.

Un nuevo prodigio es este, Católicos? Un prodigio tan raro, tan singular, tan maravilloso, en la tranquilidad y en la quietud de un retiro, que poco antes no podia sufrir sin turbación la presencia de un Ángel; es tan singular hoy al público, se expone hoy á la vista de los hombres sin hacer caso de los susos y peligros de un largo y penoso viaje.

SER-